

El cuidado como perspectiva ética

El actual desafío sanitario nos ha sorprendido con pocas herramientas, pocas experiencias y pocas reflexiones. Con prácticas machistas, demandantes y exigentes que nos hacen difícil instalar prácticas de cuidados recíprocos.



ELIZABETH LIRA

Sicóloga; Decana de la Facultad de Psicología de la U. Alberto Hurtado.

Estamos encerrados en nuestras casas «cuidándonos». Millones de personas en el mundo están tomando medidas para «cuidarse», porque el contagio puede ser mortal. Autoridades, científicos y personas comunes insisten en el cuidado como una responsabilidad colectiva: evitar contagiarse para no contagiar.

Hace varios años que distintas voces han señalado la necesidad de cuidar la tierra, el agua y el aire para cuidar la vida de los seres vivos y de los seres humanos, en particular. La pandemia ha interrumpido parcialmente y por un tiempo breve nuestro prolongado descuido con la naturaleza y la contaminación a nivel global. Hemos aprendido que a causa de la paralización de actividades productivas en todas las latitudes se han generado mejoras en todo el planeta. ¿Qué haremos con este aprendizaje en el próximo futuro?

Vivimos desde octubre de 2019 un «estallido social» que rompió la ilusión de paz social al exigirnos

enfrentar las injusticias y desigualdades de nuestra sociedad. No solo hubo marchas pacíficas. También hubo expresiones de violencia y destrucción, y algunas voces señalaron que sin violencia nada cambiaría en el país. A inicios de marzo de 2020, la amenaza de contagio paralizó casi todas las actividades sociales. Se cerraron las fronteras y se restringieron las libertades personales, con cuarentenas territoriales obligatorias. Se suspendieron actividades productivas y comerciales. El desempleo no se hizo esperar. La amenaza de la pandemia, la angustia y el miedo y, en muchos casos, la desesperación dibujaron de otra manera ese pasado reciente, prevaleciendo el mandato de cuidar-cuidarse-cuidarnos. La pandemia no extinguió el movimiento, pero no le dejó expresión pública y las movilizaciones se interrumpieron. El país entró en estado de catástrofe y toque de queda nocturno.

El riesgo de contagio redefinió inesperadamente cómo nos vemos y

nos saludamos; cómo nos encontramos en familia, cómo participamos con hijos, nietos, hermanos y amigos. Cómo nos expresamos afecto. No podemos tocarnos ni abrazarnos. Cómo sostenemos nuestro trabajo en un contexto incierto e impredecible, con amenazas imprecisas; entre ellas, perder el empleo y la calidad de vida. Pero, ciertamente, algunos más que otros, hemos perdido la posibilidad de controlar nuestras vidas. Esta experiencia puede ser casi intolerable para muchos. Ha generado angustia, un malestar psíquico que se agrava por la incertidumbre temporal, pues no sabemos cuánto va a durar este tiempo excepcional de catástrofe sanitaria y social. No sabemos tampoco cómo impedir sus consecuencias sobre nuestra vida y la de nuestras familias. Los miedos, expresados reiteradamente por la gente en los medios de comunicación, mencionan pérdidas diversas, la muerte de personas queridas y que «nos falte» el pan.

La pandemia genera condiciones insoportables para los más vulnera-

bles: los adultos mayores, los enfermos, los discapacitados que requieren el cuidado de otros para existir; los que viven en situación de calle; los que viven de lo que ganan día a día; los niños, pero especialmente los que se quedan solos, los que se angustian porque no saben cuándo y cómo va a terminar esto y tienen miedo al desamparo que acarrea la pobreza y el hambre. Pero muchos creen todavía que la pandemia no los tocará. Muchos jóvenes se adaptan a medias al distanciamiento social, quieren salir y encontrarse con otros, y se ven forzados a permanecer encerrados, creyendo que el contagio, si ocurre, no será tan grave. Al menos, no para ellos.

Hogares de adultos mayores, hospitales y clínicas, entre otros, han puesto a prueba la capacidad profesional y social de «cuidar» en nuestra sociedad. La crisis sanitaria muestra cómo las diferencias sociales y económicas generan condiciones materiales muy distintas para cuidar y cuidarnos. Desde los espacios hasta la vida social posible al interior de esos espacios. La violencia doméstica exhibe la impotencia de muchos ante la amenaza que nos envuelve a todos, dando lugar a la ira y a la agresión, atropellando la dignidad de niños y mujeres, pero también degradando a los agresores. Este no es un mal solo de Chile. Ha sido denunciado como efecto de esa otra pandemia no erradicada que cruza la historia no tan reciente del planeta.

¿Cómo transformar esta amenaza en una experiencia virtuosa de colaboración, solidaridad y agradecimiento por el cuidado colectivo al interior de las familias y las comunidades?

En varias ciudades en Estados Unidos y Brasil hubo protestas exigiendo la restitución de libertades y la supresión de las medidas sanitarias. En otros lugares del mundo, millones de personas se autorecluyeron para cuidarse y cuidar a los otros. Pero entre nosotros hay todavía demasiadas actitudes desconsideradas. Desde la indiferencia completa a la justificación individualista de los propios deseos de fiesta y diversión, al desafío de las medidas sanitarias. Nos ha costado el distanciamiento social, la disciplina para regular los permisos de las cuarentenas. ¿Qué haremos con estas experiencias y reflexiones cuando la pandemia deje de ser una amenaza múltiple? Nuestro futuro, casi con seguridad, dependerá de lo que hayamos aprendido de estas experiencias.

CÓMO ESTABLECER CUIDADOS RECÍPROCOS

La cercanía obligada, el hacinamiento y la falta de espacio vital no facilitan el «cuidado» como forma de relación entre todos. Planificar y organizar la distribución de tareas en el trabajo doméstico de la familia, las compras, el lavado de la ropa, la preparación de la comida, el lavado de platos; la responsabilidad por las tareas escolares, la recreación y las caminatas de los adultos mayores son también formas de cuidado. Eso ha implicado para millones de personas un gran esfuerzo para generar condiciones

de colaboración y gratitud recíproca entre padres, hijos y familiares por el cuidado que se brindan entre sí.

Pero este desafío nos ha sorprendido con pocas herramientas, pocas experiencias y pocas reflexiones. Con prácticas machistas, demandantes y exigentes poco propicias a la colaboración indispensable. ¿Cómo transitamos desde la actitud de «cuidarnos de los otros» (de los distintos, de los enfermos, de los pobres) a instalar prácticas de cuidados recíprocos para asegurar la vida y la salud de todos?

Durante milenios, la capacidad de cuidar ha sido un talento y un deber privativo de las mujeres, aunque poco reconocido y agradecido, y era exigido como virtud de las madres y las mujeres. Hoy se requiere que sea la virtud de todos; de otro modo, no sobreviviremos. Se abren grandes preguntas. ¿Cómo transformar esta amenaza en una experiencia virtuosa de colaboración, solidaridad y agradecimiento por el cuidado colectivo al interior de las familias y las comunidades? Evidentemente es una oportunidad para establecer relaciones de corresponsabilidad con un horizonte de bien común.

Nos debemos preguntar: ¿cómo transformamos el descuido de la propia vida, de la vida de los otros, del medio ambiente, de la paz social, en cuidado y responsabilidad compartida? La ética del cuidado implica desplegar la responsabilidad de unos con otros, entre hombres y mujeres, en la sociedad, la comunidad, la familia, la amistad, el amor y la política. Nadie nos dirá cómo hacerlo. Es nuestra responsabilidad descifrarlo, para transitar desde el cuidado a la reparación de una comunidad humana vulnerada por sus desigualdades y sus violencias, en un momento crítico en que el cuidado recíproco es la única clave para sobrevivir como personas y seres humanos. **MSJ**